

Editorial

Elogio de la diferencia

Francisco Álvarez Rodríguez

Una de las sensaciones agradables que acompañan a la experiencia de la salud consiste en sentirse básicamente semejante a los demás. Percibes que no desafinas en el concierto, que puedes competir en una cierta igualdad de posibilidades que no te quedas estacionado o abandonado en los bordes de la frenética autopista

A esto se le llama "normalidad" o "normalidad". Su contrario, más familiar al oído, es la anomalía. La sufren quienes se separan de los cánones habituales de la salud, de forma especial los discapacitados. Unos nacieron ya marcados con las señales de la "diferencia" que llevan impresa en sus cuerpos o en sus mentes. A otros les hirió la vida en alguno de sus infinitos frentes y les grabó a fuego algún tipo de disminución. Unos y otros, además de marcados, están de alguna forma permanentemente señalados con el dedo. Son los "diferentes".

En el campo de la salud nuestra inveterada tendencia a catalogar, acotar, separar y discriminar se hace patente a diario. Casi todo dentro de nuestra sociedad está pensado y programado en función de la "normalidad": por los sanos y para los sanos, por y para los que compiten, por y para los que producen y consumen. ¿Sólo porque son (somos) la gran mayoría? ¿Sólo porque es difícil que quienes planifican ciudades y construyen viviendas, los "normales", tengan presentes a quienes llevan la diferencia en sus ojos o en sus piernas? Tal vez.

Sea como fuere, muchos semejantes nuestros, porque así lo decretamos, han de correr la carrera de la vida con el sobrepeso de una doble penalización. Seguramente la más dolorida es la que nosotros añadimos a la que la vida les cargó. ¿Qué puede significar, en este caso, humanizar la discapacidad?

Hay un verbo que responde estupendamente a este propósito: el que encabeza estas líneas. Tiene la gran ventaja inicial de que puede y debe ser conjugado por todos. Quiero, sin embargo, hacer un elogio de cómo lo viven muchos de los discapacitados.

Humanizan su discapacidad, en primer lugar, porque se apropian de ella, la aceptan como suya y la integran en su vida. No viven contra el límite, sino desde él. Porque lo asumen, no invierten sus energías en el lamento, en el repliegue sobre sí mismos, en la huida hacia delante, sino que afrontan el desafío, acuden a la fuente de sus recursos internos y buscan nuevas oportunidades. El límite saca a flote lo mejor de sí mismos y revela la grandeza de su propia humanidad.

Con frecuencia mostramos reconocimiento y admiración ante quienes, duramente probados por la adversidad, se convierten para todos en ejemplo de superación, de voluntad de vivir luchando. Tal vez sin saberlo o sin pretenderlo, están escribiendo las páginas más hermosas. Admirarlas es poco. También nos urgen. Nos recuerdan que la condición humana, para encauzarla humanamente, ha de ser vivida desde una cierta tensión: llevamos en nosotros una fuerza interior (seguramente misteriosa) que nos empuja y nos invita a ir siempre más alto, siempre más allá... Estamos hechos para volar aunque el cuerpo pese y la tierra tire de nosotros. Estamos llamados a trascendernos a nosotros mismos, aunque llevemos en las espaldas y en el corazón el sobrepeso de nuestros límites... Fuimos

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 11 (2004)

arrancados de la nada para caminar, aunque sea con muletas, hacia la desembocadura de la plenitud... Quienes llegan a ella por el camino largo y penalizado de los límites impuestos nos humanizan también a nosotros.

Tal vez por eso y por otras razones, los "diferentes" nos están diciendo que los que forman (formamos) esa nutrida mayoría de "normales" habríamos de ser también, sin más, un poco "diferentes" de lo que somos.